

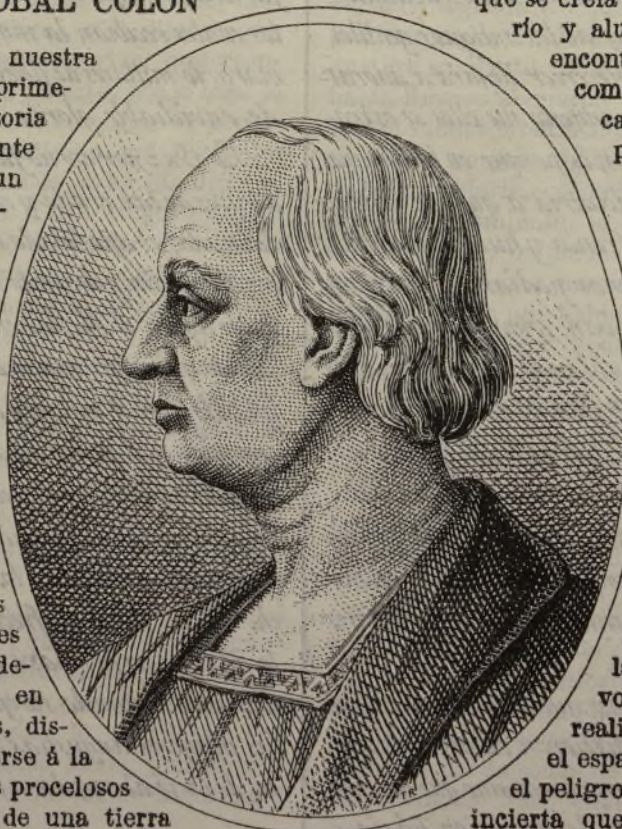


REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
 DIRIGIDA POR
 D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

CRISTÓBAL COLON

En el tomo I de nuestra *Revista* dimos la primera parte de la historia del gran navegante que descubrió un mundo para España; el hombre cuya fé y entusiasmo jamás decaían, á pesar de las mil contrariedades que sufría su proyecto, calificando entónces de delirio y de locura; y allí referimos con algun detenimiento los importantes detalles de su vida, y le dejamos embarcado en el puerto de Palos, dispuesto para hacerse á la vela á través de los procelosos mares, en busca de una tierra



Cristóbal Colon.

que se creía fruto de su desvarío y alucinaciones, y que encontró al fin. En breve comenzaremos la publicación de la segunda parte, que ha de comprender los accidentes de la navegación con las vicisitudes por que tuvo que atravesar el gran Colon para llevar adelante su pensamiento, luchando con los elementos, y hasta teniendo que resistir con energía las imposiciones de la tripulación, que ansiaba volver á España sin realizar su intento, ante el espanto que le producía el peligro y lo aventurada é incierta que la pretension de

Colon les parecia. —Hubiera sido realmente horrible que una debilidad y cobardía de ánimo hubiesen obligado á Cristóbal Colon á desistir entonces de su empresa, despues de hallarse con medios de realizarla y en camino de ello, tras tanta fatiga, tanta decepcion y sufrimientos tantos. Lo que es de admirar más en Colon es la constante fé con que desde el primer momento emprendió su idea, y la continuó y llevó á feliz término, teniendo que sufrir tanto.

EL MADERO BENDITO

FRAGMENTOS HISTÓRICO-MORALES PARA AFIRMAR LA FÉ DE
LOS NIÑOS.

VI.

La Cruz ha sido más ó ménos venerada en todo tiempo, desde que expió en ella nuestras culpas el divino Verbo, por cuyo motivo empezaron los discípulos de Jesucristo á llevar y honrar su pecho con la en que murió tan augusto Maestro.

La causa de haberme oído exclamationar al principio en boca de los antiguos gentiles, que parecia imposible creer llegaría á adorar-se la Cruz, cual manifesté que ellas se extrañaban verla adorar, es porque en los tiempos del paganismo é idolatria á que me refiero, la Cruz era la afrenta y humillacion más grande que imaginar podian los hombres; pues en ella pasaban, como recordareis al dije otra tarde hablando de Historia de España, que pasó Annibal al príncipe Eago por varios sitios públicos, y últimamente, ó morian en la misma erigida en justibulo ignominioso, sufriendo crueles tormentos, ó eran muertos violentamente como criminales rebeldes los infelices á quienes tan triste suerte les cabia.

Los cristianos, pues, que tomaron esta divisa no nos la transmitieron en memoria de un signo indigno y vergonzoso, sino que venerándola en justo tributo de adoracion hácia

Aquel que la santificó alanceado en ella, nos la han trasmitido de generacion en generacion como tesoro inmenso, áncora de salvacion de nuestras almas y presa rica y adiciada de los corazones virtuosos.

Muchas han sido las vicisitudes por que ha pasado esta preciosa joya del cristianismo, no obstante su regia estirpe y grandexa; pues unas por temor y otras por venenosa avaricia contrariada, apenas el rayo del cido iluminó la morada terrestre con tan sagrado leño, antorcha inmaculada de la cristiandad reconocida, temblaron todos los troncos impías; y mientras la fé se propagó rápida como un meteor por todos los ámbitos del planeta, y la ignorancia sacudia su yugo ominoso, y el número de los convertidos amenazaba disolver el poder de la tiránica sinagoga, los reyes y emperadores idólatras oponian miserables y furiosos un dique de sacrificios humanos, en los cuales razbian la inmarcesible palma del martirio millares de fieles que se coronaban de envidiable gloria.

La Cruz por eso no fué ménos respetable á través de tan cruda y encarnizada guerra declarada; el apóstolado de Cristo, cumpliendo con abnegacion y elocuente heroismo las virtudes que le legara el Mesías crucificado, difundia por do quier sus sanas doctrinas; y atestiguando con el milagro la bondad de tales creencias y el poder de aquella enseña bajo la cual ardorosos defensores militaban, se imponian á la conciencia propia de sus sacrilegos magnates, que los oprimian á despecho de sus iras; y ofreciendo el contingente de sus cuerpos para enseñar á salvar el alma, imitando su ejemplo en medio de las mayores angustias atormentadas, mártires de la fé abrazados á la Cruz espiraban.

(Se continuará.)



LA RESURRECCION DEL SEÑOR

Estando Jesús en el sepulcro, aún no se hallaron satisfechos los judíos, y temiendo que se publicase que había resucitado, fueron á encontrar á Pilatos, y le dijeron que Jesús había dicho, estando vivo, que resucitaría despues de su muerte, por lo cual le suplicaban que hiciese custodiar el sepulcro, temiendo que pudieran sus discípulos robar el cadáver, á fin de poder divulgar su fingida resurreccion. ¡Cuán ciegos estuvieron los judíos en esto de querer destruir de antemano la resurreccion, puesto que sin quererlo ellos mismos dieron pruebas convincentes para el hecho.

Estuvo al fin el sepulcro bien guardado, y la pesada piedra que le cerraba sellada, cuando de repente ocurrió un temblor de tierra. El ángel del Señor descendió del cielo, quitó la piedra que cubria el sepulcro y se sentó encima. Sus ojos brillaban como un relámpago, y sus vestiduras eran blancas como la nieve. Los guardas que velaban en torno de la tumba fueron presa del terror más intenso, y quedaron como muertos. Volvieron en seguida á Jerusalem, y refirieron el suceso á los sacerdotes. Estos se reunieron para acordar lo que debían de hacer en aquel apurado lance, y no encontraron otro remedio que el de sobornar á

los guardas á fin de que dijiesen al pueblo que mientras ellos dormían habían llegado los discípulos y se le habían llevado.

En tanto María Magdalena y algunas otras santas mujeres, cuya caridad para Cristo no se diferenciaba de cuando estaba vivo á cuando estaba muerto, llegaron con nuevos vasos de perfumes para el cuerpo del Señor, y se preguntaban entre ellas á quién acudirían para que quitase la losa que cerraba la entrada del sepulcro; pero grande fué su sorpresa al acercarse á él, viéndole abierto, puesto que entrando ellas no vieron allí al que buscaban. Santa Magdalena corrió á avisar á los apóstoles, y habiendo llegado San Pedro y San Juan, vieron los lienzos en que habían cubierto el cuerpo del Salvador, y se volvieron llenos de asombro; pero María Magdalena permaneció allí derramando abundantes lágrimas. Dos ángeles vestidos de blanco, uno á la cabeza y otro al pié del sitio en que Jesús había estado, la preguntaron el motivo de sus lágrimas, á lo que ella contestó: que habían robado el cuerpo de Jesús, é ignoraba dónde lo habrían llevado; pero al volverse de espaldas vió que detrás estaba un jardinero, que era Jesús, y la preguntó por qué era su llanto. Ella le respondió que si había llevado el cuerpo del Salvador la dijese al ménos el sitio donde le había puesto. Jesús no pronunció más que una sola palabra: «María,» y de repente, en entusiasta arrobamiento, se lanzó á los piés de Jesús, quien, evitándolo, la mandó á dar aquella gratísima nueva á los discípulos, contándoles lo que había visto.

Está es la primer aparicion que el Evangelio señala de Jesucristo resucitado; y el amor tan perseverante de aquella afortunada pecadora, fué por fin felizmente recompensado. La resurreccion de Jesús ha parecido á los Santos tan gran misterio, que han dicho que vale más adorar humildemente la grandeza que no querer penetrarla y comprenderla. Aquel momento glorioso, en que tras de los horribles sufrimientos de su pasion, rompiendo las cadenas de la muerte, sube á la gloria el Hijo de Dios, despues de una humilísima existencia, enseña á menospreciar la vanidad mundana y á buscar por la senda de la virtud el verdadero reino de Dios, cuyas puertas abrió el

Divino Mártir del Gólgota para atestiguar que nos hizo victoriosos como Él de la doble muerte del cuerpo y del alma.

La Iglesia y los pueblos católicos, que celebran la conmemoración de tan sublime hecho de la vida del Dios-Hombre, regocijarse por este concepto en el día de hoy, y en todas partes se honra tan grata memoria con regocijos y fiestas.

CUENTOS MORALES ALEMANES

EL NIÑO MENDIGO

Conclusion (1)

Quince años han pasado desde los acontecimientos que acabamos de referir: era el 12 de Enero de 1846. En una alegre ciudad se veía una bonita casa, nuevamente hecha, con un hermoso jardín con muchos

(1) Véase la pág. 109.



El niño mendigo.

árboles frutales y tierra suficiente para sembrar legumbres. Delante de la casa se veía un edificio. Al ver sus largas mesas y bancos alrededor, se comprendía que era una escuela. Un mapa de Europa y otro de Alemania estaban clavados en la pared, y entre estos dos mapas había una gran esfera. Al lado opuesto se veía otro mapa de la Palestina, delante del cual había una mesa llena de libros. Entre ellos se distinguía uno elegantemente encuadernado, y que tenía escrito en grandes letras de oro: «*Orad y trabajad.*» Esta era la historia de Pesta-

lozzi. En la casa se encontraban dos pequeñas habitaciones: en la una había una cama y una mesa; la otra era la cocina y una alcoba para la criada.

En esta casa reinaba el mayor orden: un joven, elegantemente vestido, iba y venía, y de tiempo en tiempo juntaba las manos para rezar. Una visible inquietud se agitaba, y miraba si cada cosa estaba en su puesto.

Otro hombre, de más edad, estaba como enagenado de alegría mirando todo aquello, y decía al joven:

—Hijo mío, hace quince años no hubiera yo pensado tener esta dicha; pero tú eres tan bueno...

—Padre mío, es Dios quien me la ha proporcionado; á Él debemos darle gracias por haberme inspirado la idea del amor al trabajo; con él me he proporcionado algunos recursos, que tal vez no hubieran sido suficientes sin la ayuda de los buenos señores que habitan ese palacio, pero gracias á ellos y á nuestro trabajo, seremos la providencia de este país; ved á los señores que vienen á inaugurar el establecimiento rodeados de todo el pueblo: ¡qué placer puede haber en el mundo que iguale á este! *Orad y trabajad* será también el lema de este establecimiento.

Desde aquel día Enrique estaba á la cabeza de toda aquella gente: su padre le ayudaba en lo que podía; su hermana Juana cosía camisas y blusas para los niños pobres, y Elisa y Rosa se casaron con dos labradores bien acomodados, y fueron buenas madres y esposas.

Enrique, con una criada que era la que tenía á su cargo toda la parte económica del establecimiento, era el que habitaba la pequeña casa, para vigilar más de cerca á los niños, y su padre con sus hermanos vivían juntos, y hasta el pequeño Pedro, que se hizo un buen mozo, gracias á la caridad del jardinero.

Enrique hizo lo posible por imitar á su tucayo Pestalozzi en todo.

EL PERRO DEL CIEGO

CUENTO.

—¡Las seis de la mañana! ya es hora de salir; estamos en Junio, y hace gran rato que debe ser de día. ¡Luisa! ¡Luisa! ¿te has levantado, ó estás todavía durmiendo?

El que esto decía era un anciano de setenta años, con el cabello blanco, de mediana estatura, que se apoyaba en un palo grueso con una mano, mientras con la otra buscaba la puerta que daba salida á su humilde habitación. El viejo Teodoro era ciego. La persona á quien se dirigía era su nieta, hermosa niña de doce años que dormía profundamente en un cuarto inmediato

al de su abuelo. Teodoro era un pobre que pedía limosna por el camino que conducía desde el pueblo á la ciudad, y la niña cuidaba la casa, entregándose al mismo tiempo á alguna labor propia de su sexo.

Al escuchar la voz del anciano, Luisa se despertó sobresaltada, se vistió apresuradamente, y corrió á buscar á su abuelo, al cual abrazó y besó con la mayor ternura.

—Me marchó, hija mía, la dijo, y hoy te repito como siempre que no abras á nadie la puerta mientras estés sola. Me alejaría mucho más tranquilo si te dejase á Moro.

—¡Bah! se saldría á la calle, y no lograría V. que me acompañara.

Moro era un gran perro negro que estaba desde que nació en poder de Teodoro. Apenas se oyó nombrar, acudió pesuroso dando saltos de alegría, saludando así á sus queridos amos.

—Puesto que no consientes que Moro esté contigo, me lo llevaré, murmuró el viejo. Hasta luego, Luisita.

—Hasta luego, repitió la niña.

Teodoro y el perro se alejaron.

Luisa barrió la casa, arregló el cuarto de su abuelo y el suyo, encendió el fuego del hogar, preparó el frugal almuerzo y luego se sentó junto á la ventana, y se puso á coser.

Trascurrieron tres horas sin que el abuelo volviese, y la niña empozó á estar inquieta.

—¿Vecina, preguntó á una vieja que pasaba por la calle, ha visto V. al padre Teodoro?

—Le ví á las siete cerca de la ciudad.

Luisa siguió cosiendo, y como viera á un labrador conocido suyo, le dijo lo mismo que á la anciana.

—A las ocho le hablé en el molino, respondió el hombre.

Un momento despues interrogaba la niña á un muchacho.

—A las nueve, contestó el chico, le encontré sentado en el camino, al parecer descansando.

Luisa estaba cada vez más intranquila, y ya iba á salir á la calle á buscar á su abuelo, cuando Moro se acercó á la ventana; venía muy cansado y lanzaba ladridos lastimeros.

—¿Qué pasa, mi buen perro, dijo Luisa llorando, cómo es que vienes solo, dónde

has dejado á tu amo? ¡El que no queria llevarte! Si no hubiese sido por tí yo no sabria de él, puesto que sólo tú vienes á darme noticias tuyas.

La niña salió de la casa, y el perro, luego que la lamió las manos y se dejó acariciar, la guió hacia la carretera, donde Luisa no tardó en hallar á su abuelo tendido en el suelo, pálido como un muerto y sin sentido. El pobre anciano habia salido estando enfermo, y las fuerzas le habian faltado antes de regresar á su morada.

Las lágrimas de Luisa conmovieron á unos arrieros, que cogieron al ciego y le llevaron al pueblo, donde le dejaron en su propia vivienda al cuidado de la niña. Esta fué á llamar á un médico, el cual declaró al instante que el mal de Teodoro, aunque no era muy grave, se curaria lentamente.

—¿Qué va á ser ahora de nosotros? decia Luisa; si salgo para pedir limosna, tengo que abandonar á mi abuelo; si me quedo, aquí no habrá ni un pedazo de pan para alimentarnos él, mi buen Moro y yo.

Cosia y bordaba con más afañ que nunca; pero como sobraban mujeres que se dedicaban á esas labores en el pueblo, no encontraba quien pagase las suyas.

Hacia algunos dias que Teodoro estaba en cama lamentándose de su triste suerte; se habian agotado sus recursos, y el último pedazo de pan se habia comido por la mañana. Moro, impacientado por el hambre, habia salido, y Luisa cosia á la puerta de su casa. De pronto vió venir al perro perseguido por un hombre. Moro entró en la morada de sus amos; y Luisa, temerosa de que quisieran hacerle algun daño á su compañero, se encerró con él. Unos fuertes golpes dados con un palo en la ventana la hicieron asomarse á la reja, en tanto que el perro se ocultaba debajo de un banco, sin soltar un panecillo que llevaba cogido con los dientes.

—¡Eh, muchacha! gritó el hombre, tu perro me ha robado un pan. O me lo pagas tú, ó el animal lo pagará de otro modo.

—Buen señor, yo no tengo dinero.

—Y el perro hambriento se hace ladron.

—Mi Moro no es ladron, se equivoca usted... ¿Tiene V. familia?

—Mujer y un niño recién nacido, contestó el tahonero; pero eso qué tiene que ver.

—Si tiene; como me falta dinero, entregaré á V., en cambio del panecillo, una gorrita para el chiquitin con tal de que no maltrate V. á mi perro.

—Venga la gorra, y quedamos en paz.

Luisa le dió un gorrito primorosamente hecho.

El hombre, algo conmovido al ver la desgracia de la niña, despues de despedirse de ella, se quedó parado á corta distancia de la casa, pudiendo ver lo que pasaba en su interior.

Entónces salió el perro de su escondite y depositó el pan en la falda de Luisa, que le hizo mil caricias. Él, con su inteligente mirada, parecia decirle:

—He traído pan para tu abuelo y para tí, y mi instinto no podia advertirme que hacia mal en quitar á otro lo que mis amos necesitaban.

—Moro, murmuraba Luisa como respondiéndole y pasando su mano por el lomo del animal, este panecillo es nuestro, tú lo has traído y yo lo he pagado.

—Cogió un cuchillo, dividió el pan en tres pedazos, y Teodoro, la niña y el perro comieron satisfechos, y con excelente apetito, cada uno su parte.

—Luisita, dijo á la mañana siguiente el abuelo despues que se hubo enterado de lo ocurrido el dia anterior, creo que Moro me ha inspirado una excelente idea: yo tardaré aún muchos dias en poder salir, tú no quieres abandonarme, y es preciso que el perro trabaje por los tres. Cuélgale una cestita al pescuezo, sal con él al mercado, pide limosna, y lo que te den échalo en la cesta. No acompañarás á Moro más que hoy, y en lo sucesivo irá él solo.

Así lo hizo la niña, y por la noche, cuando volvió á su casa, trajo un panecillo que le habia puesto en la cesta el tahonero á quien habia dado la gorrita.

Luisa se hallaba muy desanimada, pero por complacer á su abuelo envió á Moro al otro dia al mercado. Júzguese de la sorpresa de Teodoro y de su nieta cuando al declinar la tarde llegó el perro con el cestito lleno de provisiones, y además algunas monedas de cobre. Aquel noble animal, pidiendo con su mudo lenguaje limosna para sus amos, inspiró curiosidad é interés, contestando el panadero á cuantas preguntas

se le hacian sobre el particular. El excelente hombre seguia mandando su recuerdo á la niña.

Sucedió que una mañana pasó una opulenta y caritativa señora por el mercado al tiempo que un grupo de curiosos rodeaba al perro. Quiso enterarse por sí misma de lo que ocurría, le impresionó la historia de Luisa y de su abuelo, que le fué referida. Aquella dama habia visto morir á su hija única, y era además viuda: se encontraba, pues, sola en el mundo. Se decidió á visitar al viejo y á la niña, le encantó la afabilidad del primero y le entusiasmó la bondad del corazón de la segunda. Queriendo favorecerlos rogó al anciano que entrase á su servicio, y se llevó á Luisa consigo para que hiciese las cuentas, porque su abuelo, como era ciego, no servia para esto.

Agradecida la niña al tahonero, le regaló muchas prendas de vestir para su niño.

Luisa llegó á ser la hija adoptiva de aquella señora y la providencia del país. Teodoro murió de vejez. En cuanto á Moro fué el constante amigo y compañero de la niña; pero á pesar de haber mejorado su suerte y la de su ama, todos recordaban que él habia sacado á Teodoro y á Luisa de la miseria, y nadie le nombró jamás de otro modo que el perro del ciego.

Su historia se cuenta todavia en el pueblo á los forasteros que en él se detienen.

JULIA DE ASENSI.

EL GATO Y EL ZORRO

Como dos buenos amigos iban un zorro y un gato, viajando por una vega un rato á pié y otro andando.

Para dar amenidad al viaje, que era pesado, trataron de mil asuntos sólo por pasar el rato; y al fin la conversacion, tras de los asuntos varios, vino á caer en los medios y estratagemas de ambos.

—«Yo, decia altivo el zorro, tengo un talento estremado, y para lograr mi gusto mil medios tengo á la mano. Yo soy así para todo, y esto es público y probado que en astucias diferentes á todas las fieras gano.»

El gato le replicó:

—«Pues yo no pico tan alto, pero allá me las arreglo con solo un medio que alcanzo: siempre empleo el mismo, y siempre me dió buenos resultados, y con él sigo, porque no me gusta andar cambiando.»

Mucho criticaba el zorro esto de andar tan escaso de recursos para un lance, y al estarlo criticando escucharon unas trompas de caza, y luego miraron una porcion de lebreles que se acercaban cazando.

—Aquí de vuestros recursos, al zorro le dijo el gato, librate, que yo uno tengo: y á ese tan solo me agarro; y apenas lo habia dicho el cuerpo encogió, dió un salto, y de repente se puso en la alta rama de un árbol. El zorro en vano probó mil medios, pues era vano intentar con las astucias detener á los alanos; y el pobre se vió cogido, mientras el gato mirando el triste fin de su amigo exclamaba como un sabio: Con tal de que sea bueno un recurso, hay que ser parco y no soñar en los otros que estorban al fin y al cabo.

R.

SECCION DE LABORES

DIBUJOS PARA BORDADOS

INDICACION DE LA LÁMINA DE LA PÁG. 120.

Núm. 1.—Nuevo alfabeto para bordado á litografía.

Núm. 2.—Letras bordadas en cañamazo.

Núm. 3.—Escudo con nombre para pañuelo bordado á litografía.

Núm. 4.—Enlaces de cifras oblongas bordadas en blanco ó en colores.

Núm. 5.—Labor de cinta y feston (novedad para adornos de trajes y cuellos de niño).

Solucion de la charada inserta en el número anterior:

PEREGIL.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.

